

LA MUERTE DE RAQUEL.

A mi amigo el Sr. D. José Sebastian Segura.

Cuando reinaba primavera hermosa,
De la feliz Ephrata en el sendero
Un hijo amado y el adios postrero
Dió al sensible Jacob su tierna esposa.

De hijos y esclavos turba numerosa
Alza la voz con llanto lastimero;
¡Dulce Raquel, en túmulo extranjero
La muerta flor de tu beldad reposa!

Siente su corazon hecho pedazos
Jacob, y á Benjamin su ósculo sella;
A sí le estrecha en amorosos lazos:

Mira el sepulcro de su esposa bella,
Y camina llevando al hijo en brazos.
¡Con ella vino, y se alejó sin ella!

DIANA.

A mi hermano el Lic. D. Rafael Roa Bárcena.

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de***—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre.—Indecisión.

Despues de un año de silencio, ausente
Del suelo donde ví la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los dias me recuerdan,
En que amaba á esa jóven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto

Para entregarme todo á mis ideas
De aislamiento y dolor, porque los años
Nunca á borrar nuestros pesares llegan!

Habrás leído, como yo, mil veces
Con avidez las descripciones bellas
De las quintas que en Nápoles á orillas
Del sosegado estenso mar se elevan,
Y cuyo blanco pié lamen las olas
Que el naranjo odorífero sombrea:
Las recordé cuando mis ojos vieron
La hospitalaria quinta: á su derecha
En alfombra de musgo reposaba,
De la colina al pié, laguna estensa,
Que las blancas paredes y los árboles
Y el cielo azul purísimo refleja:
Ocupan á la izquierda vasto llano
Los naranjos sembrados en hileras:
Si en la tarde los hiere el sol, dibújanse
En el suelo sus sombras gigantescas:
Crece en los sitios húmedos el loto,
Con el líquen adórnanse las cercas,
Y la pequeña *rosa trepadora*
A su pié nace y se reclina en ellas.

Poco despues, de la tranquila casa
A la puerta llamé con mano trémula:
La voz de una campana el ancho espacio
De vibraciones argentinas llena.
A abrir entonces baja el dueño mismo
A cuyo buen humor me recomiendas:
Entreguéle tu carta, y el anciano,
No bien sus ojos ha fijado en ella,

Cuando me dice: "Entrad; es un amigo
Quien hoy á mi familia así os presenta;
Vuestro nombre ademas ya conocia;
Os apreciaba, y esta casa es vuestra."
El frondoso jardin atravesamos,
El corredor estenso que diversas
Pinturas antiquísimas decoran;
Llego á la sala y me introduzco en ella.
De una mujer (cuya beldad los años,
A pesar de su número respetan)
En torno, cuatro jóvenes gallardas
Con distraccion á su labor se entregan:
Todas á mi saludo corresponden
Cuando el anciano presentóme á ellas,
Y á su vez señalándolas me dice:
"La señora es mi esposa: ésta Gabriela,
La mayor de mis hijas: Guadalupe
Y Angela aquellas son. De vos muy cerca
A Diana teneis, jóven muy rara,
Presa de mil románticas ideas."
De grana se cubrieron las mejillas
De esta niña gentil: junta las cejas:
De sus azules ojos la mirada
Eclipsa entonces su pestaña crespa,
Y el alfombrado pavimento hiere,
Como dando señales de impaciencia,
Con el extremo de su pié, calzado
De coturno finísimo de seda.

No te puedo decir lo que en mi alma
Pasó al mirarla, amigo: me avergüenza
La sola idea de que yo la amo
Cuando un recuerdo amar solo debiera;

Y es inútil luchar, porque ya el fuego
 De inextinguible amor mi pecho quema.
 Ella también ¡si vieras! su mirada,
 Que ardiente luz angelical destella,
 Detener suele en mí por un instante,
 Llena de compasión á mi tristeza.
 Yo no sé cómo entonces no me arrojo
 A sus plantas contándole mis penas.
 ¡Oh! dime, amigo mío, dime presto,
 ¿Qué á mi agitado espíritu aconsejas?
 Quisiera abandonar estos lugares
 Donde todo es amor, donde las selvas
 Me repiten su nombre; do en el viento
 A mí el perfume de sus labios llega,
 Y un cielo eternamente despejado,
 Cual su pupila azul, me la recuerda:
 Dejar quisiera esta preciosa quinta
 Y me detengo á mi pesar en ella.
 No creas en la noche solitaria
 Ver ante mí las páginas abiertas
 Del libro que refiere las angustias
 Del santo Job, de ese inmortal poeta,
 Do la espresion de mi dolor leía
 Pasando en meditar horas enteras.
 Giran mis ojos sobre el libro, acaso
 Sin que nada mi espíritu comprenda
 Quiero dormir para olvidar su imagen,
 Y el sueño de mis párpados se aleja.
 Abro la puerta de mi alcoba; salgo
 A disfrutar la calma placentera
 De la callada noche: al Occidente
 Llena de majestad la luna llega;
 Todo en silencio yace: algún ladrido,

Quizá el rumor de un árbol que en la selva
 Trónchase al grave peso de los años,
 Se escucha solo, y mi delirio en vela
 De una mujer la imagen á mi vista
 Poniendo está, y esa mujer es ELLA.

Dime si debo amarla cuando habito
 Bajo su mismo techo; si no espera
 La vergüenza á mi amor cuando el anciano
 Que con suma bondad aquí me hospeda,
 Sepa que, pobre y sin ventura, anhelo
 El dueño ser de tan valiosa perla.
 Dime si debo amarla cuando sigue
 La desgracia mis pasos tan de cerca,
 Que la joven que tanto me quería
 Duerme en silencio ya bajo la tierra.
 Dime si es dable que retoñe el árbol
 Del corazón que el desengaño seca,
 Cuando sus ilusiones y esperanzas
 Como el humo fugaz fueron deshechas.

Adios: mi esfuerzo romperé, lo espero,
 De un peligroso afecto las cadenas;
 Mi alma gemirá; pero ¿qué importa
 Si siempre halló contradicción do quiera?
 ¡Diana! su imagen torna á visitarme....
 ¡Tan inocente, tan feliz, tan bella!
 ¿Puedo yo renunciar á su ternura?
 ¿Puedo apagar la luz de mi existencia?
 ¿Puede la pluma que en el aire vaga
 Tomar la dirección que ella desea?

Se agita y lucha; mas su error conoce
Y á su destino, como yo, se entrega.

TU AMIGO CARLOS.

II.

Carácter físico y moral de la protagonista.—Estado actual de su corazón.

Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura,
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colon estrella pura,
Flor que produjo el suelo americano,
Que solo es dado á suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo,

La conocí yo mismo en grato día,
Cuando en la catedral piadosa entraba:
Traje de rica seda la cubría
Que de la iglesia en el tapiz sonaba:

Atónita mi vista la seguía,
Y al recoger su velo ella mostraba
De su mano de niña la elegante
Forma, que abulta diminuto guante.

Al armiño su blanca tez iguala,
Y es del color del oro su cabello
Si lo hiera la luz cuando resbala
Ondas formando de la frente al cuello:
Del granado á la flor roban la gala
Sus peregrinos labios: el destello
De Vénus misma si en la tarde oscila,
Muere ante el brillo de la azul pupila.

Su noble forma de belleza rara
Rayo es de luna entre el bosquejo umbrío,
Y en lo esbelta á las palmas afrentara
Que en Siria moja el matinal rocío:
Si su infantil corteza penetrara
El escalpelo de mi exámen frío,
Hallara un alma cándida sin duda,
Mas hechicera cuanto mas desnuda.

Un alma, sí, que hasta su Dios se eleva,
Que ante sus obras santas se extasía
Y que consigo la esperanza lleva
Del cielo en que habitar debe algún día;
Inocente y sencilla como Eva
Cuando no se manchaba todavía,
Roba la luz que de su centro emana
A la estrella gentil de la mañana.

Alma que, al ver la claridad del cielo,
 Llénase de entusiasmo soberano,
 Y que se forja un mundo de consuelo
 De aqueste mundo miserable y vano;
 Que hácia la esfera azul remonta el vuelo
 Si oye el sonoro acento del piano,
 Y allá su mente la grandeza abarea
 Del amor puro que inflamó á Petrarca.

Y este amor para ella todavía
 Sin forma ni colores aparece,
 Alba serena dé brillante día
 Que el horizonte apenas esclarece.
 En sueños suele oír la melodía
 De una voz varonil y se estremece...
 Despierta... ha visto ante sus piés á un hombre;
 Pero ¿adónde se fué? ¿cuál es su nombre?

III.

Declaracion de Cárlos.—Es interrumpida por la llegada de dos nuevos personajes que figuran en esta obra en lo sucesivo.—Un amante desahuciado.—Un tronera.—Despecho de Cárlos.

El noble anciano, Cárlos
 Y la gentil doncella
 Atravesando el parque
 A paso lento van:
 Brilla en el cielo puro
 La vespertina estrella:
 Las sombras eclipsando
 Bosque y llanura están.

—Aquí, lejos del mundo,
 Dice el amable anciano,
 Paso dichosos días
 De inalterable paz;
 Pero á mis caros hijos
 De la ciudad el vano
 Bullicio y los placeres
 Agradan mucho mas.

—Papá, razon no tienes,
 Diana le responde,
 Pues con placer vivimos,
 En donde vivas tú.
 Cárlos, tal voz oyendo,
 Su turbacion no esconde,
 Pues era melodiosa
 Cual nota de un laúd.

A la mitad del parque
 Iban, cuando un criado
 Que dos viajeros llegan
 Avisa á su señor,
 Y éste dice á los jóvenes
 —No sigo á vuestro lado:
 Vos conducid á Diana,
 Que yo de prisa voy.

Aléjase, y con Cárlos
 Al encontrarse á solas,
 Baja la vista Diana
 Con dulce timidez;

Y del color que tiñe
Campestres amapolas
Tiñese en el instante
Su alabastrina tez.

Latir el pecho de ella
Sentia bajo el brazo
Que para conducirla
A Diana Cárlos dá;
Y aunque él hablar pretende,
Esle imposible: un lazo,
A su pesar, su lengua
Aprisionando está.

Caminan silenciosos
Viendo la luz postrera
Que en rojo mar convierte
El horizonte aún,
Y en el tranquilo espejo
Del lago reverbera,
Del astro de la noche
Luchando con la luz.

—Conque, decidme, os vais
A la ciudad, dejando
Que de recuerdos solo
Viva nuestra amistad;
Y á olvido nos daréis,
No es cierto?—Suspirando,
Cárlos responde:—Presto,
Sí, tengo de marchar.

Pero ¿en olvido echaros
A vos, bella Diana,
Por un momento solo?
Jamás! lo juro aquí:
El alma ciertas cosas
Por olvidar se afana
Inútilmente: nunca
Puédelo conseguir.

—Dijeron que (la jóven
A quien amábais, muerta)
Viajabais al acaso,
La pena á distraer.
¡A confundir con otro
El corazon acierta
Un delicado afecto
Que eterno debió ser?

—Sí, lo confieso, amaba,
Y en su ataud mirando
A la adorable jóven
De quien hablais, creí
Que el corazon quedara
A todo afecto blando
Cerrado, y goces nuevos
No hubiese para mí;

Pero de vida el gérmen
Que de verdura cubre
Después de pocos años
La lava del volcan;

Que en Mayo resucita
Las flores que en Octubre
Sobre el estéril suelo,
Deshoja el huracán,

Hizo que en mí naciera
Un nuevo sentimiento
De amor y de esperanza,
Y que á su pura luz
Viera mas bello el mundo,
Mas claro el firmamento;
Hizo que á mí tornase
La antigua juventud.

Sí: en el cantar del ave,
Del viento en el arrullo,
Del órgano que ensalza
La majestad de Dios
En el solemne acento,
Del agua en el murmullo,
Grato, solo percibo
De una mujer la voz

Bella la ven mis ojos
Del alba en la luz pura,
De sus ligeras nubes
De ópalo al través:
La estrella solitaria
Que en el zenit fulgura,
De su pupila hermosa
Reflejo débil es.

Y esta mujer amada,
Flor de inmortal perfume,
No en las visiones gira
Del jóven soñador;
Existe aquí, y el fuego
Que mi ánima consume
¡Oh Diana! es ya del hombre
El verdadero amor.

Si ella me niega el suyo
La adoraré callado,
Como al Señor se adora
En el cristiano altar:
Mil siglos viviria
Ante ella prosternado:
Para adorarla, un día
Fuera la eternidad!

Si alguien llegase entonces
A pretender su mano,
Yo le destrozaría
Con ciego frenesí;
Mas si le amaba ella,
Siendo mi furia en vano,
Quedárame el recurso
Postrero de morir.

—Cárlos, callad!—Oídme:
A esa mujer tan bella
Os pareceis, Diana,
En ojos, risa y voz.

Teneis sus trenzas de oro;
 La edad teneis de ella,
 Y ella por nombre tiene
 DIANA COMO VOS.....

—Silencio, Carlos!... ¡vienen!
 ¡Oís en la espesura
 Leve rumor de pasos?—
 Cesó apenas de hablar,
 Cuando entre la verdura
 Del bosque aparecieron
 Dos hombres que á Diana
 Comienzan á llamar.

Fernando.— Diana, hermana mia,
 ¡Tú, como siempre, buena?

Diana.— Tal como tú, Fernando.
 ¡Vos, Alvarez, aquí?...
 ¡No os esperaba!

Alvarez.— Es cierto!
 Y el gozo me enajena
 Al ver que habeis un jóven
 Que os acompañe así.

No bien oye Diana
 De este hombre el rudo acento,
 Cuando su rostro cubre
 Estrema palidez:
 Su brazo Alvarez toma—
 Con brusco movimiento,
 Y del estenso parque
 Caminan al través.

Envuélveles la noche
 Con su impalpable manto:
 Las luces de la quinta
 Tras las ventanas ven:
 Alvarez y Diana
 Van conversando en tanto,
 Y Carlos y su huésped
 Platícanse tambien.

Alv.— Diana, ó yo me engaño,
 O el tiempo no perdeis,
 Pues departiendo á solas
 Con un galan aquí
 Os veo á mi llegada;
 Y eso que bien sabeis
 Que vuestra linda mano
 Fué destinada á mí.

Me esplicaréis.....
Dian.— Sin duda
 Se trata de asustarme
 Como á inocente niña
 Con tal severidad;
 Pero os diré que nada
 Tengo que reprocharme
 En esas relaciones,
 Hijas de.... la amistad.

Amigo es de mi padre
 Carlos: si á él me entrega,
 Será porque confía
 Sin duda en su honradez;

Y si esta confianza
Al corazón os llega,
De ella los motivos
Yo daros no podré.

Fern. (á Cár.)—¡Cómo! ¡partir tan presto!
No: vuestra compañía,
Os lo aseguro, Cárlos,
Nos hace falta aquí:
Noche con noche baile
Tendremos, y de día
Siempre á cazar iremos:
Conque ¿os quedais? Decid:

Sé que abrigais pesares
Que os roen las entrañas,
Y el cuento de esa jóven
Que amabais y murió;
Pero creed, *mio caro*,
Que todas son patrañas
En este mundo pícaro,
Y que de amor los males
Se curan con amor.

Dian. (á Alv.)—Pues la ocasion ahora
Se me presenta, os digo
Que yo no puedo amaros,
Y que jamás podré:
Seréis para Diana
Siempre el mejor amigo;
Pero el esposo, nunca.

Alv.—Sincera sois á fé!

Fern. (á Cár.)—Como os decia, Cárlos,
Lo que pasó, al olvido:

Haced lo que este Alvarez,
Que es un volcan de amor:
Cár.— ¡Ama á Diana...! ?
Fern.— Presto
Se casan.... mas ¡se ha ido
Cárlos!.... está demente:
Lo juro por quien soy!

IV.

Temores de Diana.—Raro capricho que apenas puede perdonarse á una jóven de diez y seis años.—El rival se convierte en enemigo.—Sus tramas.

De la silenciosa noche
Sonaban las altas horas
Que, despierta, oye Diana
En el reloj de su alcoba.
En blando sofá de cerda
Tendida apenas reposa,
Que por un mar de inquietudes
Su ánima inocente boga.
Su lánguida vista fija
En las pinturas hermosas
Que las paredes de estuco
De su habitacion decoran,
O en la tranquila bujía
Que luz mortecina arroja,
O en el techo artesonado,
O en la labor de la alfombra,
Y nada ve; con ideas

Tristes ó grátas memorias
A la sazón ocupado
Su pensamiento, se arroba.

A un lado está el rico lecho
Que á medias cubre vistosa
Cándida tela plegándose
En columnas de caoba.
Veneciano espejo, puesto
Sobre una mesa marmórea,
Retrata el jarrón de flores
Que sobre el tallo se doblan.
El cortinaje de seda
Dejando en completa sombra,
Por la entreabierta ventana
Que da al jardín, misteriosa
Entra la luz de la luna
Que los cristales trasforman,
Heridos por ella, en tejo
De plata bruñida. Formas,
Movimiento, de ambas luces
Al desigual brillo cobran,
Trazados por el artista
En seis láminas valiosas,
Los personajes que Byron
Hace vivir en sus obras,
A los poetas modelo;
Pero al corazón dañosas.

Terribles dudas combaten
El ánimo de la hermosa,
Que, ajena al sueño, se entrega
A sus delirios á solas.

En la riqueza criada,
Con su beldad orgullosa,
Amada de sus parientes,
Las horas una tras otra
Para ella trascurrieron
Gratas y veloces todas.
Era modesto capullo,
Alba que tímida asoma:
Hoy para la flor se acerca
De los perfumes la hora:
Presto un día esplendoroso
Ilustra la escelsa bóveda.
Ama á Cárlos, sin que acaso
Ella misma lo conozca,
Porque las pasiones siempre
Ganan terreno traidoras,
Recordando los sucesos
De la tarde se acongoja,
Pues al retirarse Cárlos
Ni siquiera saludóla.
Sin duda al verla con Alvarez
En plática misteriosa,
Creyó que los dos se aman
Y que Diana es su novia;
Y no hay tal, que si á su padre
La tiene pedida, sobra
Con que no le ame Diana
Para que no haya tal boda:
O bien del amor antiguo
Las llamas ocultas brotan,
Que, si el ídolo está muerto,
Es inmortal la memoria.
¡Cómo esta última idea

Su amante pecho destroza!
 Porque, forzoso es decirlo,
 Diana á Carlos adora.
 Por un capricho infantil
 Que su inesperienza abona,
 En aquel instante mismo
 Hallarse pretende á solas
 Frente á la pieza que habita
 El jóven, por si ver logra
 (Sabiendo que hasta muy tarde
 Suele éste leer) su sombra.
 Contigua á la de Diana
 La alcoba está que las otras
 Hermanas habitan: quiere
 Saber si duermen: llamólas
 En voz baja: "Guadalupe!
 Angela! Gabriela!" Ahoga
 Su respiracion y aplica
 El oido..... "duermen todas"
 Dice: al corredor se lanza:
 Su pié el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,
 Sin atar las trenzas blondas,
 Por el corredor que alumbra
 La luna al ocaso próxima,
 Se adelanta: quien la viese
 Tomara su esbelta forma
 Por un rayo de aquel astro,
 Si el ruido de la ropa
 Que arrastrando levemente
 Va en su marcha misteriosa,
 La realidad no le hiciera

Conocer.—Pero á muy corta
 Distancia della elevóse
 Bulto de apariencia torva
 Que camina si camina
 Ella, ó sus pasos acorta
 Si se detiene.... Tras ella
 Siempre, parece su sombra;
 Y no le ha visto Diana,
 Que ya en la reja se apoya
 De la ventana de Carlos,
 Llena el alma de zozobra.
 Las cortinas por olvido
 Están plegadas ahora:
 Iba á retirarse y quédase,
 Que á Carlos divisa y nota
 Que, hácia la mesa inclinado
 Está, viendo alguna cosa.
 Sobre la carpeta oscura
 Dó sus papeles coloca,
 El retrato de una jóven
 Tiene. De la flor vistosa
 A su cabello prendida
 Contrastan las tintas rojas
 Con la palidez ligera
 De su semblante: en su boca
 Vaga la dulce sonrisa:
 Como un ángel es hermosa,
 Y absorto la mira Carlos
 Con espresion melancólica.
 Suspira, y Diana esclama:
 "No es por mí: fué por la otra."
 A la vidriera sus ojos
 Alza Carlos,..... Temerosa

De haber sido descubierta,
 Se retiraba á su alcoba,
 Cuando, al ir pasando frente
 A una escalera, la sombra
 Que antes la seguía dijo:
 "Muy buenas noches, señora."
 Lanza grito involuntario,
 Al cuarto llega medrosa,
 Y oye temblando la voz
 De su madre que la nombra.
 Diana, Diana..... ¡hija mía!
 ¡Has oído?.....—No, señora,
 Contesta: "dormida estaba"
 Y se ruboriza á solas;
 "Pero ¡quién es—se pregunta,—
 Esa fantasma ó persona
 Que me saludó?" Confusa,
 Con las sábanas se arropa;
 Y dormida á quedar vino
 Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,
 Cuando ya Carlos se asoma
 A la puerta de su cuarto.
 Tras su vidriera la forma
 De Diana ver ha creído:
 Su mirada indagadora
 Por el corredor pasea,
 Y sale sin que se oigan
 De la noche en el silencio
 Grave sus pisadas sordas.
 De pié contra el antepecho

Del corredor ve la sombra
 Que antes siguiera á Diana,
 Y que á él mirando ahora,
 Adelantóse dos pasos
 Y su rostro desemboza.
 —¿Quién es? el jóven pregunta.
 —Carlos, buenas noches—¡Hola!
 ¡Voz en este sitio, Alvarez!
 —¿Vos aquí y á tales horas?
 —El fresco á tomar salía.
 —A mí el lecho me acalora
 Tambien.—En esto hay misterio
 Y es fuerza que yo le rompa.
 —Misterio no; y, supongamos
 Que así sea, ¿qué os importa?
 Yo sé que vive en la casa
 Uno de los dos de sobra.
 —Vos sin duda.—No, á fe mía,
 Que veo en Diana á mi esposa,
 Y os juro que al que intentare
 Estorbarlo, aquesta hoja
 Le clavaré.—Por Diana
 Diera vida y alma y honra;
 Pero es vuestra alma, os lo juro,
 Para arrancármelas poca;
 Que escaso valor sin duda
 Encubre facha traidora.
 —Tened la lengua.—Es inútil,
 Alvarez; cuanto usted oiga
 Mi espada en cualquiera sitio
 Y en dia cualquiera apoya.
 —Niñerías, niñerías!
 Hablemos en pura prosa,

Porque, os lo diré, D. Carlos,
 Lo novelesco me choca.
 Farsas de capa y espada,
 Según literarias crónicas,
 Puso en la española escena
 El buen Calderon en boga;
 Pero Calderon ha muerto:
 ¡Dios le tenga allá en su gloria!
 ¡De nada sirven los años?
 ¡Armaremos trapisonda
 Cual dos imberbes lo harian
 Novicios en estas cosas?
 Desde hoy amigos seamos,
 Y de entrambos ella escoja,
 Y el desechado en paciencia
 Sobrelleve su derrota,
 Que las mujeres abundan
 Y el entusiasmo retoña.
 ¡Ea! Carlos, buenas noches;
 Todo ha sido pura broma,
 Olvídense todo.—Carguen
 Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,
 Cuantos en la quinta moran,
 Hacen de la noche día,
 Porque de una puerta próxima
 Al sitio en que estaba Carlos,
 Giran las dos altas hojas
 Cuando éste se va. Una vieja
 Asoma su faz rugosa:
 Gafas antidiluvianas

Sobre la nariz coloca:
 El cuello inmenso alargando
 Durante un cuarto de hora,
 Su perspicacia le avisa
 Que á su intento nada estorba;
 Y al fin, saliendo del cuarto,
 Con Alvarez se apersona.
 —¿Has averiguado?—Es cierto:
 Por él mi ama está loca.
 —Lo sabia.—En cuanto al baile,
 Ocho días lo demoran,
 Porque D. Fernando quiere
 Que este sea un baile en forma.
 Jóvenes amigos suyos
 Han de venir, y señoras
 Convidadas por las niñas.
 ¡Carnestolendas dichosas!
 Bien hayais! que de tristeza
 Hartas aquí estamos todas.
 —¿Y los disfraces?—Diana
 Prepara el suyo... una cosa
 Que han dado en llamar dominico.
 —Será dominó.—¿Qué tonta
 Soy! Cabal. ¡Malditos años!
 —¿De qué color es?—La ropa
 De ancho camison á guisa
 Es de raso blanco, y roja
 La capucha.—¿Su careta?
 —Como de jóven hermosa,
 Y tiene por distintivo
 Un lunar sobre la boca.
 —¿Y el traje de él?—Anoche
 Supe yo por carambola

(Pues lo dijo su criado
 Como reservada cosa
 A mi sobrina) que encarga
 Hoy la vestidura propia
 Para salir de *Quevedo*;
 Nombre de alguno que mora
 En tierras de la otra banda,
 No sé si en España ó Roma.
 —Estuve aquí, buena vieja,
 Esperándote dos horas;
 Pero me has traído al cabo
 Noticias satisfactorias:
 Con el ojo alerta sigue:
 Toma entretanto esta bolsa,
 Y olvídate de que hablamos
 Sobre el asunto una jota.

Quando Alvarez se retira

La luna tras alta loma
 Su faz oculta, dejando
 Envuelta la tierra en sombras;
 Murmura un *Ave-María*
 La vieja viéndose sola,
 Y con descarnada mano
 Su rostro santigua hipócrita:
 De su recámara á tientas
 Anda tras la puerta; hallóla
 Y entra por ella temblando,
 Como tortuga en su concha.

V.

Amor inestinguible de Carlos.—Resolucion tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginacion muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que mas adelante acontece.

(CARTA A DIANA.)

En tus manos he puesto mi destino:
 Cese la incertidumbre que me acaba:
 Ayer, ayer tu corazon temblaba
 Cuando oiste el lenguaje de mi amor.
 Un estraño despues se me aparece
 Que mi esperanza trueca en amargura,
 Porque me dijo: "esa mujer tan pura
 Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas
 Y por mi ingratitud perdon pedia
 A la imágen de aquella que algun día
 Unico dueño de mi afecto fué,
 Ví tu forma al traves de la vidriera,
 Iba á echarme á tus piés entusiasmado,
 Y en tu lugar ese rival odiado
 Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:
 Quiero oír de tus labios la sentencia;
 Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia
 Necesita el tesoro de tu amor.